**I**

República de Guatemala…

Aunque el bullicio era bastante fuerte y el inmenso calor sofocaba a muchos espectadores, nadie se movía de sus atrincherados lugares, a la orilla de las sucias calles porque estaba por pasar, el desfile patronal de la feria de verano del año 2004.

Era casi al filo del medio día, en aquella humilde, pero alegre ciudad donde se realizaba la tradicional cabalgata del 15 de marzo. El pujante Municipio de Coatepéque celebraba en ese instante, su fiesta titular que por más de cincuenta años consecutivos, había atraído numerosas familias de muchos lugares aledaños[[1]](#footnote-1) en Centroamérica.

Al otro lado de la calle, bajo el sol ardiente, tres muchachones acompañados de algunas mujeres, hijos y familias se veían alegres y sonrientes. Los adultos, se refrescaban tomando algunas cervezas chapinas[[2]](#footnote-2) a la orilla de la banqueta.

Tras destapar las frías botellas y latas que tenían guardadas en una hielera remendada, empezaron a decirse de palabrerías.

— ¡Muchá[[3]](#footnote-3), celebremos lo que es nuestro! —dijo uno de ellos.

— ¡Claro qué sí! ¿Por qué no? —dijo Mario, el más gordito de la bola.

El patojo[[4]](#footnote-4) no era ni chaparro, ni alto, pero si bien dado, con su bigote espeso, de ojos cafés y le ponía alegría al momento.

— ¡Salud mejor! —dijo Berta, mujer de Eduardo, con las manos en alto y una bebida en lata—. Aunque no haya terminado de lavar toda la ropa, pero aquí estamos contentos.

Eduardo se sobó la cabeza en señal de protesta.

— ¿Y vos[[5]](#footnote-5) pensando en la ropa estás Berta?

Berta se volvió donde estaba Eduardo.

— ¿Cómo a vos no te toca lavar? ¡Te vale[[6]](#footnote-6)!

— Sí, pero ahorita mejor gocémosla, ya habrá tiempo para la ropa después —dijo él.

Eduardo Vela, era el tradicional padre de familia que acarreaba con los huiros[[7]](#footnote-7) y lidiaba con las maletas de su ralea[[8]](#footnote-8). El hombre era de pelo negro, alto, delgado con su bigote de candado, ojos medio claros y algo bravo de carácter.

— ¡Bueno! Ya basta de tantos alegatos, mejor hagan bulla —sugirió una vecina de Berta.

Era un grupito bastante alegre.

— Espérense mejor hasta que venga el desfile —comentó Gonzalo.

El muchacho vestía un pantalón de vaquero, era delgado de cuerpo, moreno, de pelo oscuro, ojos negros y con la playera que traía puesta, parecía un muchachito que no aparentaba más de diecinueve años; pero ya pasaba de veintisiete.

La fiesta comenzaba a sentirse en su mayor alboroto porque se oía el resonar de los tambores, trompetas y cuanto instrumento de viento, que hacían alegrar las tupidas y estrechas calles de aquella asoleada ciudad.

— ¡Oigan muchá! A esto le llamo yo feria —comentaba Eduardo a Gonzalo.

— ¿Por qué vos? —preguntó Mario.

—Oí el sonido, ¿no te parece?

—Sí, se oye alegre vos.

—Por eso te digo, a eso le llamo yo fiesta.

Y no era para menos, la cabalgata estaba cercana y los carros que traían el encabezamiento del desfile hacían un inmenso ruido.

—Patojos súbanse a la banqueta para no interrumpir nada —dijo Eduardo.

Berta alargaba la nuca[[9]](#footnote-9), para ver qué vendían algunos muchachos que caminaban por la orilla de la calle acarreando sus mercancías.

—Cómprales unas vejigas[[10]](#footnote-10) a los huiros vos Eduardo —dijo ella.

—Bueno está bien, así dejan de fregar por un momento.

—Vos Gonzalo, el año pasado no venían tantos colegios cómo ahora —dijo Mario.

—No vos, la realidad no me acuerdo ¿por qué?

—Lo que pasa es que hoy parece que va a estar algo largo el desfile.

—Ha, pero eso es lo de menos.

—Según el itinerario, van a participar veinticinco colegios.

— ¡Púchica[[11]](#footnote-11), sí son bastantes vos!

— ¡Pues te digo!

El desfile se acercaba, pero tomó su momento emotivo, cuando pasaron frente aquellos amigos, los alumnos de una banda escolar que venía tocando y bailando música movible para el cuerpo. Sus galas eran de majestuosos colores porque traían batonistas que vestían sus plumajes tropicales y se zarandeaban[[12]](#footnote-12) al sonar de aquella música alegre.

— ¡Qué calidad! —Exclamaba la multitud.

— ¡Arriba la cumbia!

— ¡Qué viva la feria!

El gentío se puso de pie y empezó a bailar la cumbia que tocaba dicha banda. «La Colegiala» La emoción era tanta, qué al soplido de gorgoritos, palmas y cuanto ruido que hacían, algunas personas ya ni escuchar la música podían.

Mario, el más fregón de los amigos, agarró de la mano a su acompañante. La mujer era alta, morena, de ojos verdes y de pelo a la altura de los hombros, vestía una elegante falda floreada de vuelo largo; ambos empezaron a moverse al compás de la música de manera sensual y divertida. La pareja, se daba revuelo bailando en aquella apretujada banqueta, todos sus amigos, vecinos y demás concurrentes, aparte de darles espacio para que bailara la pareja, les echaban porras para que se tornara inolvidable la cabalgata.

— ¡Vamos Mario, hay que mover el esqueleto! —gritaba la ovación echándole palmas y silbidos.

— ¡Muévanlo jóvenes! —gritaba Gonzalo.

— ¡Vuelta! ¡Vuelta! —continuaba la multitud. Y mientras más porras les echaba la concurrencia, más se movía Mario y su pareja de baile, pero como se había ido la banda; todo mundo guardó silencio.

—Ya no hay música, mejor paramos —dijo Mario.

— ¡Mejor, siéntate Mario! —gritó Eduardo.

—Va está bueno pues, me desprecian por ser pobre.

— ¿Qué no ves que ya se fueron los músicos y quieres seguir bailando?

Mario lo tomó más en broma todavía.

—Lo que pasa es que ustedes no avisan.

—Ya hombre, mejor seguí viendo el resto del desfile —le dijo Gonzalo.

— ¡Ha! Pero ya otra banda no va a sonar igual —contestó Mario.

—Para bandas, el día de hoy sobran —comentó Eduardo.

—Bueno, más te vale que vengan otras —replicó Mario.

El ambiente se veía de maravilla, pero no les duró mucho tiempo, aunque Mario y su conocida, no querían parar de bailar; la banda musical había pasado desapercibidamente y, sólo se oían algunas palmas de alguno que otro burlista.

Después de una hora y media de esparcimiento, había pasado casi la mitad del desfile, pero desafortunadamente el imperante calor ya podía más que los concurrentes y algunos espectadores empezaban a desesperarse.

—Ya poco ha de faltar para que se termine ésta cosa —dijo Mario.

—Pueda ser —contestó Eduardo—. Ya pasaron varios establecimientos y pueda que no tarde mucho más.

— ¡Aguanten muchá! —dijo Gonzalo—. Sí es una vez por año.

—De aquí no nos movemos, hasta que se termine el desfile —decían los niños mientras se subían y se bajaban de la banqueta.

—Para más los huiros tienen mejor aguante que ustedes —bromeaba Berta—. ¡Háganle yemas[[13]](#footnote-13)!

Más tarde, al paso de la carroza que traía a las reinas y bellezas de la feria, con todas las referencias del caso, prácticamente se daba por terminado el desfile alegórico de la ocasión. Aunque todavía continuaban en la fila algunos carros de marcas comerciales, que venían tirando dulces y cuanta babosada que anunciaban, muchos vecinos empezaban a marcharse del bullicio.

— ¡Bueno jóvenes! Ya va llegando la hora —dijo Gonzalo.

—Sí vos, ya se terminó la cosa —contestó Mario.

—Ahora, ¿nos vamos todos juntos? —preguntó Eduardo.

—Yo digo que sí —afirmó Berta.

—Entonces levantemos las maletas —dijo Gonzalo.

— ¡Bueno señores! Hasta el próximo año, si Dios nos lo permite —dijo un amigo de Mario, mientras todo mundo empezaba a irse por todos lados.

— ¡Que le vaya bien don Pancho! —respondió Gonzalo, algo de prisa—. Cuidado con las batonistas.

—Vos no te vayas a olvidar de la hielera, no sólo tan nueva qué está —bromeó Berta, sonriente.

— ¡Esa babosada ya ni sirve vos! —respondió Eduardo.

—Ahorita decís que ya no te sirve, pero otro día te va a hacer falta.

—Bueno eso sí.

Muchos asistentes, se retiraban a ver las actividades deportivas de fútbol en el estadio Municipal, que se encontraba a pocas cuadras de donde había pasado el desfile; otros partían apresuradamente rumbo al campo de la feria, ya que lo mejor de la celebración estaría por venir.

Entre toda la muchedumbre y el alboroto que hacían, todo empezó a convertirse en un laberinto humano. Mario, Eduardo y su amigo Gonzalo, juntaron a sus familiares y a toda prisa trataron de retirarse de las calles de donde había pasado la bulla.

— ¡Muchá apúrense! Antes de que se nos venga todo el tráfico encima —dijo Mario, mientras jalaba con sus cosas.

—Ahora sí, ¡sálvese quien pueda! —bromeaba Gonzalo.

— ¡Apúrense patojos! —gritó Eduardo, con una voz bastante aireada.

El hombre llevaba jalando un bonche de huiros mal portados y, su mujer que no le ayuda de mucho por las maletas que andaban cargando.

Gonzalo fue el que primeramente cruzó la calle, con la intención de subirse a un viejo *pick up* que tenían estacionado a unas cuadras de donde había pasado el desfile; ya que previamente en familia, habían acordado tomar el rumbo al campo de la feria para continuar con la diversión.

— ¡Ojalá y arranque esa carcacha vos Gonzalo! —dijo Eduardo.

— ¡Tiene que arrancar! Aunque echando humo, pero funciona bien.

— ¡Ha bueno! ¿Lo chequeaste esta semana?

—Sí vos, tenía mala la batería, pero la cambie.

— ¡Qué bueno vos, entonces estamos listos!

— ¡Bueno arriba todos! —interrumpió Mario—. Ya basta de tanto charlear, hay que movernos antes que todo se termine de complicar.

El tráfico de las calles de donde había pasado el desfile, al campo de la feria, había enloquecido y las vías eran todo un caos. Los choferes, manejaban por todas las direcciones posibles, y no había manera de atinarle para dónde iban o de dónde venían.

— ¡Ala muchá! ¿No puedo creer esto? —se preguntaba Gonzalo—. Y lo peor qué tengo que manejar esta babosada.

Había una fregadal de carros moviéndose por todos lados y hasta choferes manejando bien borrachos, que se serpenteaban con sus vehículos de un extremo al otro de la avenida.

— ¡Muevan esa porquería muchá! —gritó un chofer ebrio—. Ni qué procesión fuera esa mierda.

— ¡Tranquilo señorón! —gritó alguien en la bola.

El hombre se veía a simple vista ebrio porque meneaba la cabeza para todos los lados y con los gestos que hacía, le echaba maldición a todo mundo.

— ¡Cruza la calle mejor! —sugirió Mario que viajaba en la palangana del pick up.

— ¡No se puede vos! —contestó Gonzalo—. Hay tanta gente, todos se están atravesando la calle y no sea la mala suerte que atropellemos algún idiota.

—Sí vos, con cuidado.

—Entonces mejor esperemos, qué tanto ha de ser —dijo Eduardo.

—Sí, es lo mejor —contestó Gonzalo.

Al paso de los minutos de espera, el chofer de un tractor agrícola de buena onda los dejó cruzar la calle, con el ruido que hacía la chatarra al caminar, tomaron la avenida que parecía más librada.

—Buena onda el ruco[[14]](#footnote-14) vos, nos dejó pasar la calle —dijo Gonzalo, mientras sacaba la cabeza por la ventana del carro.

— ¡Sí vos! —contestó Eduardo.

—Ahora sólo falta que no haya más trafico por esta calle donde vamos.

— ¡Ha, vos dale y haber qué pasa más adelante!

Después de conducir una cuadra, tomaron la derecha en la próxima esquina donde se encontraba un grupo de señores, tratando de empujar un camión de carga que parecía averiado y se encontraba justo en medio de la calle.

—Cómo qué vos no tenés suerte para llegar luego a la feria —le dijo Gonzalo a Berta, quien llevaba sus chiquillos en el sillón de pasajeros.

— ¡Ya ni modo, de llegar tenemos! —respondió ella.

—Bueno eso sí.

—Ahora veré qué pasa con ese camión.

— ¡Vaya! Con cuidado.

No había manera de pasar al otro lado del camión averiado porque era demasiado grande, ni mucho menos replegarse porque tenía otros vehículos haciendo fila. Para acabarla de amolar, no se encontraba ningún chonte[[15]](#footnote-15) dando la vía a los demás conductores; era de lo peor.

El chofer del pick up, se bajó a ayudar al resto de los señores que se encontraban tratando de mover el pesado vehículo.

—Démosle una manita a esa pobre gente muchá —dijo Gonzalo.

— ¡Para allá vamos! —gritó Mario, mientras se bajaba del carro.

—Señores, ¿qué tiene el camión? —preguntó Eduardo.

—No arranca y como que la batería se ha descargado —contestó un señor de sombrero—. Además, tenemos pena que no agarren los frenos si lo empujamos en la bajada.

—Bueno, pues sólo movámoslo a la orilla de la calle, mientras viene el mecánico —sugirió Gonzalo.

—De todas maneras hoy con lo de la fiesta, ya mero va a venir ese pisado[[16]](#footnote-16) —dijo Mario bromeando.

El viejo que aparentaba manejar el camión, se veía intranquilo por estar ocasionando retrasos a los demás conductores, pero ya entre varios hombres, lograron mover el pesado transporte y comenzaron a avanzar un poco más rápido.

Después de media hora de lucha contra el tráfico y a vuelta de rueda, la ralea pudo llegar al campo de la feria. En eso, Gonzalo hizo mención del parqueo para el carro, ya que por la atrancazón que había, no se veía espacio por ningún lado.

—Ahora sólo falta que tengamos que dejar esta babosada parqueada al otro lado de la colonia muchá —dijo Gonzalo.

— ¡Seguí más adelante vos! —sugirió Eduardo, haciéndole señales al conductor—. Vamos donde el loco de Miguel.

En una gasolinera que se encontraba a un poco menos de medio kilómetro, tenían a un conocido, que de seguro les ayudaría con el parqueo para el carro.

— ¡Bueno mucha! Ahora ya estamos aquí, ni modo a volar pata de regreso para la feria —dijo Mario.

—No hay de otra —respondió Gonzalo—. Lo bueno es que conseguimos el parqueo, lo demás es ganancia.

— ¡Bueno patojos! Agárrense de las manos y vámonos —ordenó Berta.

—Vámonos, pero ¡ya! —sugirió Eduardo—. Si no, llegaremos hasta mañana.

La plebe caminó por la orilla de la transitada carretera del pacífico, cargando con todos los miembros de la familia. El tráfico en el asfalto estaba tan atascado de carros y, parecía que todos querían entrar al mismo tiempo a la feria, sin saber que ya no había más espacio adentro.

— ¡Ya no hay espacio adentro señores! —decía un muchacho con algunos boletos en la mano—. Mejor busquen parqueo en otros lados.

En el campo del evento, el movimiento estaba a punto de reventar porque no se podía ni caminar. En los pasillos de la feria, había gente en cantidades por todos lados y para llegar a los dichosos juegos mecánicos, había que atravesar un mar de enloquecidos fiesteros.

Las colas para dar una miserable vuelta en las ruedas, eran inmensas. Era un caos total porque niños y adultos, hacían hasta lo imposible con tal de dar un colazo[[17]](#footnote-17).

— ¡Qué gentío por el amor de Dios! —dijo Gonzalo.

—Y no es cuento —respondió Berta.

—Venimos en el día y hora equivocada jóvenes —comentó Mario—. Con este calor que está haciendo, no creo que aguanten éstos huiros tanto tiempo en la línea para subirse a los juegos; mejor dejémoslo para más tarde o para otro día.

— ¡Tenés razón vos Mario! Las colas están demasiado largas, mejor busquemos algo de tomar y qué comer porque ya es tarde —sugirió Eduardo.

—Ha, con estas colas, de plano hasta mañana —comentó Gonzalo.

Había un sin número de negocios vendiendo comida, pero como Gonzalo quien era algo tragón, en un restaurante que se encontraba localizado en la segunda fila de la feria, había visto algunos platillos apetecibles a su paladar y como ya se andaba muriendo de hambre; convenció a sus demás amigos que deberían de comer en dicho lugar.

— ¡Miren muchá! Al otro lado de esta fila, están vendiendo garnachas[[18]](#footnote-18) con chorizo y carne asada, yo pienso que sería mejor comer ahí —recomendó él.

—Bueno, si vos ya viste que la comida está buena y no es muy caro en ese changarro[[19]](#footnote-19), vamos para allá —contestó Eduardo—. Ya ves que el dinero, es el que manda.

—No creo que sea tan caro en esa caseta vos —dijo Berta.

— ¡Vámonos pues! —sugirió Gonzalo alegremente.

Sin tanto pensarlo, los muchachos y sus familias se fueron en busca de la mentada comida que había anunciado Gonzalo.

Aunque el changarrito se veía bastante humilde, la fritanga[[20]](#footnote-20) que servían no se miraba tan mal.

— ¡Vos tenías toda la razón Gonzalo! —dijo Eduardo—, están ricos los platillos a la parrilla.

—No tenés mal gusto —comentó Berta, mientras comía

— ¡Claro a mí me gusta lo bueno!

—A mí también —dijo ella—, mientras que no tenga que cocinar.

Y es que la comida que vendían en esa caseta, se le apetecía a cualquiera, porque el olorcito a carne azada se percibía a lo lejos.

El constante movimiento que la gente causaba en aquella zona, hizo que el día se les pasara en un abrir y cerrar de ojos.

Las nubes empezaron a moverse en dirección de la feria, el viento empezó a sentirse húmedo, daba la sensación de un aguacero fuerte por lo oscuro que se estaba poniendo la tarde.

—Vos Berta cómo que va a llover —dijo Eduardo.

—Puede que si, pero es su tiempo

—Ha, pero y los patojos, ¿qué?

—Bueno, esperemos que no llueva mejor —respondió Gonzalo.

Los amigos y sus familias tuvieron suerte, porque después de toda la nublazón que tenían encima, sólo cayeron algunas gotitas de lluvia.

**——∞——**

Chiapas, México…

Al final de la calle del ferrocarril, casi a la rivera del río Zanatenco, tras haberse despertado al medio día y de mala racha en su pedazo de vivienda mal oliente, el marero[[21]](#footnote-21) Ignacio Rosales, alías “El Pulga” se sentó a la orilla de su viejo petate[[22]](#footnote-22). Al observar el alba, el malandro notó que el astro solar ya le quemaba la espalda y lo estaba matando de calor, se asomó a la sala de su media agua[[23]](#footnote-23) y ordenó a sus compinches en la ciudad de Tonalá, que se levantaran esa tarde para ir en busca del enemigo.

Era de notarse, que cualquier foráneo que caminaba en territorio de la mara[[24]](#footnote-24) Salvatrucha, era considerado enemigo de la banda. El Pulga se sentía con agallas de macho, todo un galán de territorio, y en parte tenía razón porque controlaba todo el tráfico de mareros, incluyendo a once hombres con los que compartía a diario. También controlaba el traslado de drogas, extorsionistas y todo lo relacionado con el mundo bajo, desde la ciudad de Tapachula, Chiapas, hasta la ciudad de Veracruz, México.

Sin embargo, “El pulga” Por más fuerte e importante que tratara de simular, no era más que un simple pandillero que se aprovechaba de otros malhechores y, de mucha gente inocente que por mala fortuna o equivocación se adentraban en su supuesto territorio.

Al tremendo zumbido[[25]](#footnote-25) de su música reguetorena, vistiendo sus pantalones rotos, flojos y sin camisa; lucía sus tatuajes de la Mara Salvatrucha. Tras llegar a la galera de su guarida[[26]](#footnote-26) que se localizaba al lado opuesto de su cuarto, arremetió contra sus camaradas[[27]](#footnote-27).

— ¡Bueno cabrones! ¿Se levantan, o los levanto a puras patadas? Tanto hijo de su pinche madre que se está metiendo al barrio y ustedes durmiendo.

El tipo hablaba con acento mexicano, en especial cuando trataba de dictar órdenes, pero era salvadoreño de nacimiento. Su estatura no demostraba el perfil de malandro peligroso ya que no era muy alto, ni corpulento, pero su carácter era demasiado impetuoso y eso lo había conducido a meterse en problemas con la ley anteriormente.

— ¡Tranquilo Pulga! —dijo “El Largo” Otro miembro de la mara Salvatrucha que se encontraba al servicio de esa clica[[28]](#footnote-28)—. Nosotros ya venimos de vuelta y no encontramos nada.

— ¿Cómo que no encontraron nada? —gritó El Pulga, mientras le escurrían las babas de la bravura que cargaba.

—No, nada —repitió Largo.

El Largo, siempre había tenido antipatías por la sociedad ya que su madre lo había abandonado hacía muchos años cuando era niño. Ahora con sus 19 años de edad y con el uso de las drogas era muy peligroso. El forajido era oriundo[[29]](#footnote-29) de la ciudad de Mapaztepec, Chiapas, donde por primera vez se había revelado en contra de la sociedad y empezó a juntarse con algunos vagabundos. Más tarde, con el lavado de cerebro que había recibido de otros pandilleros que tenía de amigos, le dieron una tremenda paliza que lo dejó medio moribundo por un buen rato. Tras el bautizo recibido, el muchacho había brincado a la Mara Salvatrucha.

— ¡Mira Largo… a mí no me vengas con cuentos! —dijo El Pulga.

— ¡Si no te estamos diciendo mentiras hombre!

— ¿Mentiras? Sí yo mismo estoy viendo pasar a un montón de pendejos en la calle. ¡A mí nadie me engaña!

—Ah, pero esos tontos que estaban pasando no tienen nada que ver con la Mara 18 —contestó Largo en tono titubeante.

— ¿Tú me crees estúpido o qué diablos? —preguntó dando pasos al frente—. Saben una cosa, ¡agarren sus chivas[[30]](#footnote-30) y vallan a ver qué diablos encuentran, quiero resultados hoy mismo!

— ¡Tranquilo Pulga! No es para tanto. Además, el barrio está siempre vigilado, no tienes porque alterarte.

—La verdad, ya estoy harto que sólo me vengan con sus mierditas y no haya nada seguro.

— ¡Esta bien lo que tú digas! Pero te aseguro que no hay ninguno de la dieciocho metido en este barrio qué yo no sepa.

— ¡Pues, no importa! Lo que yo quiero que me mantengan vigilado el barrio a como dé lugar. ¿Me oyen?

— ¡Está bien, ya vamos! —dijo Largo, mientras le hacía ademanes[[31]](#footnote-31) a otros mareros para que lo siguieran en el recorrido—. Pero recuerda que tampoco podemos andar chingando a todo mundo en la ciudad.

El Pulga perdía el juicio aceleradamente, en especial cuando se trataba de cuidar el bendito territorio, por eso se había metido en varias trabas, no sólo con los demás compañeros si no que con todo mundo.

— ¡Cualquier idiota que miren en la calle tráiganmelo! Pero ¡ya! —añadió—. Este barrio tiene que estar limpio de basura.

— ¡Lo que tú digas! —contestó Largo, algo molesto.

Al Largo, no le quedaba otra opción más que hacer su recorrido y tratar de lidiar con los asuntos de la mara que de momentos lo ponía nervioso.

— ¡Vámonos! —señaló él a sus otros compinches, mientras se a abrochaba el cinto de su pantalón flojo.

En ese entonces, las maras, solían ser concebidas como organizaciones criminales que poseían una estructura vertical con la capacidad de coordinar, de manera transnacional, las distintas actividades delictivas a las que se les había asociado. De acuerdo a esa concep­ción, los líderes de las maras 13 o la del Barrio 18, estarían ubicados en la ciudad de Los Ángeles, California, y tenían la capacidad para dictar órdenes efectivas dirigidas a las “clicas” o células de la pandilla que operaban a nivel local en el sur de México, San Salvador, Guatemala, San Pedro Sula o Tegucigalpa.

El Pulga aprovechaba cualquier ocasión para sacarle dinero a todo mundo, incluyendo a cualquier sujeto que iba para el norte, por eso muchos negociantes le tenían miedo y casi la mayor parte de la población lo quería muerto, pero no encontraban la manera de deshacerse de él.

1. Aledaños: cercano, colindante. [↑](#footnote-ref-1)
2. Chapinas: sujetos, cosas hechas en Guatemala. [↑](#footnote-ref-2)
3. Muchá: llamado de oigan ustedes. [↑](#footnote-ref-3)
4. Patojo: muchacho o niño. [↑](#footnote-ref-4)
5. Vos: tú o usted. [↑](#footnote-ref-5)
6. Te vale: No te importa. [↑](#footnote-ref-6)
7. Huiros: hijos, niños. [↑](#footnote-ref-7)
8. Ralea: grupo familiar. [↑](#footnote-ref-8)
9. Nuca: parte posterior de cuello humano. [↑](#footnote-ref-9)
10. Vejigas: globos pequeños. [↑](#footnote-ref-10)
11. Púchica: expresión de admiración o sorpresa. [↑](#footnote-ref-11)
12. Zarandeaban: bailar alegremente. [↑](#footnote-ref-12)
13. Háganle yemas: expresión de aguantar algo. [↑](#footnote-ref-13)
14. Ruco: hombre de edad avanzada. [↑](#footnote-ref-14)
15. Chonte: agente de policía. [↑](#footnote-ref-15)
16. Pisado: apodo común para un hombre conocido. [↑](#footnote-ref-16)
17. Colazo: acción de dar una vuelta. [↑](#footnote-ref-17)
18. Garnachas: platillo típico de Guatemala hecho de tortillas de maíz con carne. [↑](#footnote-ref-18)
19. Changarro: negocio informal. [↑](#footnote-ref-19)
20. Fritanga: comida casual. [↑](#footnote-ref-20)
21. Marero: Persona delincuente. [↑](#footnote-ref-21)
22. Petate: manto tejido con tiras de hojas de palmera, que se usa en lugar de colchón en lugares tropicales. [↑](#footnote-ref-22)
23. Media agua: lugar informal donde se puede dormir. [↑](#footnote-ref-23)
24. Mara: grupo de delincuentes que operan en gran parte del Continente Americano. [↑](#footnote-ref-24)
25. Zumbido: ruido sonoro. [↑](#footnote-ref-25)
26. Guarida: refugio de delincuentes. [↑](#footnote-ref-26)
27. Camaradas: amigos de la misma banda. [↑](#footnote-ref-27)
28. Clica: grupo de pandilleros. [↑](#footnote-ref-28)
29. Oriundo: Lugar de nacimiento de una persona. [↑](#footnote-ref-29)
30. Chivas: objetos personales. [↑](#footnote-ref-30)
31. Ademanes: hacer señales con las manos. [↑](#footnote-ref-31)